

Francisco Nieva

CON CARLOS EDMUNDO DE ORY
EN EL MADRID DE NADIE

MADRID, en los doce o quince años posteriores a la guerra civil, era una ciudad en donde se vivía bajo una decisión irrevocable: no mirar a los lados. Con un sentimiento de humillación e inse-

guridad se temía confundir los términos de derecha e izquierda. Una gran parte de la juventud intelectual pensaba que todas las tendencias estéticas anteriores al 39 no tenían solución de continuidad. La guerra europea había traído un completo desengaño de ellas y por eso se vivía totalmente una fase de realismo inmediato y localista cuando no un evasiónismo de museo. La radio prodigaba unas odiosas sintonías que pesaban sobre el ánimo de muchos como el cotidiano "morire habemus", reforzado por el arrastrar tintineante de los viejos tranvías.

En comparación con el inconformismo puramente nominal y de consumo de nuestros días, nuestro desdén y nuestra ansiedad de entonces sí que nos situaban a unos cuantos en el plano de los más inútiles marginados sociales. Menos mal que éramos demasiado jóvenes en una época en que la juventud no decidía nada. El "Postismo" se juzgó desde el principio como el refugio de la impotencia y el snobismo. Luego he pensado hasta qué punto puede convenir a un provinciano ser un snob juvenil, desaprobado y escarnecido.

Pero nuestra borrachera de ruptura era tal que cualquier crítica resbalaba sobre nuestras epidermis de cocodrilo.

En un Madrid lleno de codazos y palmadas en la espalda, Ory y yo quisimos practicar una "alta academia de amistad". Por otra

parte, Ory y Chicharro nunca se tutearon ni yo tampoco tuteé a Chicharro en tantos años de relación. No era cuestión de practicar un convencionalismo más, sino de hacer todo lo contrario y aborrecer ostensivamente nuestra triste condición. De algún modo lo conseguíamos: nuestras barbas escandalizaban el barrio y a mí me han pedido entonces muchas veces la documentación (llamada cédula personal). Lo que hoy puede resultar bastante halagador es que nuestro pequeño mundo "underground" tuvo testigos interesantes. Milena Milani, la amiga de Moravia, nos visitó un día echando pestes de la "buena voluntad" del arte y la literatura oficial que le habían ido a presentar su "hommages" durante su visita a España. ¿Quién la había puesto al corriente de nuestra existencia? El doctor Piterbarg, que acababa de tener una pelotera con Sartre, se mostraba sorprendido de que en el corazón de Cuatro Caminos se aspirase a la bendición de André Breton. Y nos prometió su protección para una estancia en París, la cual cumplió a pesar de sus tempestades sentimentales en Argentina. Por él entré yo en contacto con el famoso grupo Cobra de Bruselas y con el grupo Rixes de París (el pintor Matta, Michel Butor, etc.). Antes de fraguarse nuestra gran escapada aquel Madrid no nos pertenecía y, en consecuencia, nos parecía de nadie, un desierto sobre el que planeaba nuestro desprecio.

¡Han pasado tantos años! Chicharro sigue sumido en el olvido, nadie ha publicado sus bellos cuentos, sus novelas bizantínicas que anunciaban el mundo de García Márquez, aquella comedia en colaboración con Ory y Sernesi —"La lámpara"—, teatro del absurdo antes de que se conociese a Ionesco...

Y la primera visita que hice a Carlos en su casa fue en compañía de Chicharro. La ventana del cuarto, que olía a rata almizcleña, daba sobre el techo de un garaje poblado de gatos famélicos, la única población ejemplarmente viva en aquel Madrid que nos parecía de nadie. El espectáculo ofrecido por Ory consistió en censurar lacónicamente, con un grueso lápiz y una palabra aún más gruesa, todas las fotos de un álbum de familia. Creíamos estar cumpliendo un rito. Las ánimas de Rombaud y Lautreamont debían quedar suspendidas sobre nuestra pueril pedantería.

Ahora creo que hacíamos bien. Entonces nada de esto era convencional, se estaba anunciando una evolución de la que Ory es él solo auténtico representante en España, un tipo de poeta aún insólito a la hora en que estamos, en donde las tendencias estéticas en vigor siguen sin dejar el menor margen a cierta heterodoxia que en otros ambientes culturalmente más ágiles convive con el gusto común. Aquí las ideas y las posturas sobrevienen como un modelo planificado de gabardina. ¡Ah, aquellas gabardinas que en los años cuarenta y cincuenta aseñoritaban al obrerito y proletarizaban al señorito!

Poco más tarde, nuestra existencia en mi casa de la Avenida Reina Victoria fue un atrincheramiento de críticas, desdenes y provo-

caciones. Y de juegos también. Recuerdo que Carlos se sometía, inquieto y divertido, a una serie de experimentos capaces de suscitar una poesía sensorial al extremo. Estaba en nuestras manos aquel espontáneo monstruo de la disconformidad —de mi hermano y mío— y le infligíamos curiosas penalidades como la de taparle los ojos con un pañuelo y administrarle frío, calor, algún irreconocible alimento —azúcar y harina tostadas— sonidos cascados o argentinos y hasta pinchazos. Todo aquello debía traducirlo sobre el papel. Algunos tipos interesantes, como Aldecoa por ejemplo, admiraban aquella experimentación de caverna, pero también suponían que podíamos ser unos perversos que intentaban o soñaban distorsiones exotizantes, decadentes evocaciones de los lugares más sombríos del arte o la estética. La honradez es la pesadilla de España.

Desde luego nosotros no pretendíamos a la honradez. Viendo pasar la riada gris que se dirigía al Estadio Metropolitano en aquellos domingos de la gran ictericia de postguerra, se comentaba el "A rebours" de Huismans, el vuelo morceguil de los grandes restacueros internacionales al modo de Gómez Carrillo, las páginas de "Las beatas de Avignon" de Péladan.

Todo con una ingenua complacencia que, no obstante, nos iba sirviendo poco a poco de verdadera depuración. No se conocía la palabra "camp", pero puede decirse que el concepto era plenamente vivido. Al cabo de tantos años estas cosas despuntan en los "novísimos", muestran un poco la oreja en las páginas de TRIUNFO, algunas gotitas en Vázquez Montalbán y en Carandell.

¿Qué fue el "Postismo"? Aún falta investigar profundamente en él. Pero entre otras cosas más profundas, también fue un refugio contra una realidad que, con certero instinto, suponíamos que sólo se la podía combatir ignorándola. También hay evasiones triunfantes. Y después de la entusiasta visita de aquel doctor judío, Elías Piterbarg, amigo de los surrealistas, nuestro mayor deseo era obtener inmediatamente un pasaporte.

Cuando al fin de muchas vicisitudes Ory y yo nos encontramos viviendo en París, con un hogar en París, casados con sendas francesas, sentimos el doloroso orgullo del exiliado y tuvimos conciencia de cuál iba a ser nuestro tributo: un largo anonimato. Pero si aún hoy mismo es difícil leer a su tiempo ciertos libros e imposible ver cierto tipo de cine o teatro, entonces teníamos la convicción de haber escapado a una presión que insensiblemente acabaría reduciendo nuestra capacidad para sumarnos al libre mundo de la cultura.

Carlos y yo nos encontrábamos de vez en cuando, cambiábamos impresiones, nos visitaban algunos españoles jóvenes y comentábamos con estupor su actitud: aparecían burlones, superiores, quejosos del cerrado invierno de París. ¿Es así el español por todas partes a donde va? Se mostraban despreciativamente enterados de todo. "á la page"... Pero cuando una cosa no estaba totalmente instaurada, aceptada a nivel de dogma, no había medio de que, en general,

descubriesen por sí mismos el embrión de lo futuro, es decir, lo que ya era presente para una sensibilidad entrenada. Así las primeras películas de Visconti, la vuelta de Chejov, el teatro de Ghelderode, la aparición de Ionesco, la nueva curiosidad por la literatura de imaginación.

Hace varios años ya, me sorprendí en una reunión con Hubert Juin y Julio Cortazar pensando en Carlos Edmundo de Ory con un sentimiento muy doloroso de frustración por él y por mí mismo. Se hablaba de "La Eva futura" de Villiers y de su drama "Ardel", entonces recientemente puesto en escena. Era parte de ese "rincón" del arte que anuncia los grandes cambios y denuncia los asideros secretos de una renovación... Y Carlos, gran poeta, se había ido quedando con solo unos cuantos, muy pocos, amigos españoles, entre los que Félix Grande contaría de un modo decisivo. ¿Que quiere decir todo esto? No hace relativamente mucho tiempo que pregunté a Guillermo Carnero, a Félix de Azúa, a Gimferrer si le conocían: sólo por referencias... ¿Cómo es posible?

Hubiera sido necesario que Ory naciese en el año 45 para encontrar un clima medianamente propicio en su país.

Yo lo recuerdo encaramado en su ático abuardillado del Boulevard Saint Germain; lo recuerdo alegre y dolorido, irritante, sabio y pueril. Y aquel interior parecía reestamparse, casi con los mismos detalles, sobre su habitación de mi casa en Madrid. Los mismos cuadernos de hule negro de su diario, el orden barroco de su armario y su mesa de trabajo, sus chocantes colecciones de sencillos clavos de tachuelas, conchitas desdeñables, mangos de pluma, recortes amarillos de periódico de un abstruso significado.

Y hoy, publicada gran parte de su obra, me alegro de que aparezca entre nosotros de vez en cuando, como saliendo de un universo en el que ha estado solo y al que de algún modo ha dominado. Y vuelve más que rejuvenecido. Vuelve intransformado, intocado, de verdad salvado por la juvenil intolerancia de aquel tiempo. ¡Qué buen molde de poeta!

Me agrada, me produce un gran placer, ver caer esa personalidad sin trabas en un mundo en que hasta las actitudes más inconscientes han sido sometidas a una presión uniformante y convencional. Observo que Carlos se sienta o se levanta, se pone el abrigo o se lo quita, nueve el café haciendo mucho ruido con la cucharilla, humoriza, se asombra, se irrita, pontífica, se hace el niño, se hace el viejo, todo con un aire asombroso de autenticidad individual que choca contra cierto mecanismo, control y medida de la gente que le rodea. Es difícil hacer transcender en pocas palabras esta impresión del hombre que, en contra de todo, es lo que quiere ser frente a la larga y entretenida táctica de tantos otros para obtener el permiso. Y como aquí hay que pedir permiso para todo...!

Madrid, diciembre, 1970